

Juan Carlos MESTRE (1957)

: tras el aperitivo del electroshock en el sigmund&lacan museum los strippers de la biblia se
derrumban como púgiles sobre los poems of love

: un mozo de almacén almuerza con dostoevsky oye fiódor le dice me gusta tu barba
y la deidad al borde de la neurastenia se taponan los oídos con la cera de los creyentes

: un ataúd con rueditas cruza la escena un utilero riega el escenario con aceite

: a un lado está él

ginsberg irvin allen 78 kilos performer de la encarnación y redactor del apocalipsis
primera versión apresurada del manifiesto surrealista

: en el otro lado esta ella

bonita pelo castaño falda a cuadros

es su madre sentada en una banqueta metálica durante la sesión de cobalto
fuma tiene náuseas el jardinero le inyecta leche con insectida

: olvidarás tu nombre tu sombra tu patria tu sexo el evangelio según césar moro aleluya

: resulta difícil soportar la conversación

una casa de planta baja boxeadores con el asa rota y el corazón gastado como un neumático

: el progreso tal como la concibió mussolini *dos ojos por un ojo y dos dientes por un diente*

: en efecto señor kantor un ramo de golondrinas muertas cuelga del techo

excusa de un bedel metáforas con overol marengo ideas cuidadosamente embaladas con papel de
periódico

: pongamos por caso que cada persona es un voto un manguito que une dos piezas de distinto
diámetro

o sea guadañeros entre la cebada los cangrejitos del cáncer ángeles que reparten condones entre
quienes ya se han infectado

: dónde

: dónde estará

: donde estará aquel muchacho de la gabardina negra

ha ido a desmontar su cerebro célula a célula

un poema no es esto ni fue aquello ni será siquiera lo otro

el perro de pergolessi en una vitrina de cornell joseph tímido como una tisana

aleluya

: stabat mater estaba de pie la madre cuando tocaron la puerta los confesos
ardían los aventaban sobre lo erróneo

: hubo un tiempo en que yo tenía dos cabezas

: hubo un tiempo en que toda obra de arte era considerada un chivo expiatorio el rubio de una película mala

: la cruz

la prótesis de la humanidad repintada de titanlux

: sueño con juan bautista que se alimentaba de saltamontes y no era la luz

un wilde enfermo y pobre y viejo absuelto en los lavatorios de petrarca

¿quien eres tú que bautizas a los mudos y desatas la correa de las sandalias?

: soy el cauce de un río seco

: el que dice acuérdate del vacío del aire y del vacío de la tierra

: acuérdate de tu sufrimiento construido como un puzzle

: la concavidad y el rizoma

la estela del cometa halley hecha con pavesas de los sonetos de shakespeare

las codornices duermen en el suelo

las madres desgranar guisantes bajo las lápidas

los vendedores ambulantes compran la lana de los colchones viejos

: restos figuritas de cera de los babilónicos voceadores de diarios curas leñosos enrolados en la barquichuela del tiovivo

: vergüenza dame el nombre aproximado de las cosas zarzamora clava en mi sien tus espinas

: lejos del nido donde la araña entela sus despojos y la cuna del daño se considera un concepto

: por la acera de los impares que lleva al teatro yiddish una sala de ensayo llena de bastidores y cables eléctricos

un saco de trigo lleno de colillas

: por la carrera de san jerónimo que conduce al desolladero de osos del kilómetro cero

: la destrucción del significante la democracia sin libertad

el hueso húmero que usan los carcamales de pisapapeles

amén por el cadáver exquisito y la abeja polinizadora

: dónde

: dónde estará

: donde estará aquel muchacho de la gabardina negra

ha ido a la nada a aborrecer la totalidad ha ido a la totalidad a abominar de la nada

ha ganado la medalla del club nacional de las artes

se ha vuelto insignificante como las pecas de un huevo

: supongamos un espejo color espejo

y en esa suposición a mateo leví vivo retrato de marx y de los que cabecean en el metro en dirección a las oficinas del subsidio

: la iglesia del penúltimo día ha llegado a su día pretérito
canturrea el grillo en el sanatorio del cucurucho
el metrónomo de los clavos de cristo suena en la cuadrícula de las rosas
: notre dame de las iluminaciones cornetillas para la sordera dadme leyes para las habas
: no la reciprocidad de la cicatriz el tiro de gracia la obediencia debida tras la desnaturalización
del sujeto
: lo que equivale a la biografía del mundo y la artesanía de las lluvias
un buen manojo de idiotas y pifias de billar
una gavilla de creyentes en proceso de desilusión
la pereza vegetativa un avispero de dedos adormecidos
: la milicia
la cobardía de los que van de caza donde los animales ya han nacido muertos
¡oh! ¡un rinoceronte!
¡oh!
¡un rinoceronte!
una patria de una marca muy buena
: he
visto
a
los
mayores
zoquetes
de
mi
generación
atrincherados
tras
las
escribanías
con los bolsillos
llenos de tocino
y la pilula del tamaño
de una bomba atómica
un palmo
22,86 centímetros

de monstruo
recortando
el césped
disputándose
el esférico
las peores cabezas
de mi generación
desgañitándose
ante el micrófono
como si fuesen
la reencarnación
de un mesías
subiendo al estrado
a recoger el aplauso
de los mosquitas muertas
y del oso hormiguero
coleccionistas de yoyós
timoneles de ciénaga
envueltos para regalo
con la inscripción ¡no tocar
peligro de muerte!
exhaustos de proteínas
estallando de metaesperma
cachalotes de pólvora blanca
gourmets de chatarra fresca
a medio fuego
a cámara lenta
al baño maría
empapuzados de testosterona
vigilantes de una caja fuerte
en el sillón azul de manteca
displícites hipócritas postizos
hipsters de la gentrificación
en ese boliche de la séptima
donde de madrugada

comías huevos duros
con peter orlosvsky
y ahora revientan
hinchados de mortadela
los príncipes de los sándwiches
memos de corcho macizo
cerebros patentados
antes de salir a flote
tras la raya del pantalón
de los prólogos
: dónde
: dónde estará
: dónde estará aquel muchacho de la gabardina negra
¿ entre los noventa mil de whitman con la rueda el aceite el cuero y el martillo?
¿ entre los hacinados en el síndrome bajo el montoncito de chispas del metropolitano?
: en la ilación de cuanto te niegas de soñar y en consecuencia dejas de desear
: donde el forense retira la máscara de oxígeno la nodriza escupe al obelisco el niño mata la nieve
: en la consumación de cada pena simbólica
: entre los braceros a salario mínimo las etiquetas textiles el perfume moral de la escoria
: entre los dedos de la delgada tía emily espolvoreando antimosquitos sobre el kugel de fideos
: entre los incorpóreos triturados por las caricias
en los testimonios de angustia sobre el diván de franela
junto a la calabaza que se aceda en el refrigerador
: cuando los motores se gripan
y la lunación de la muerte desmenuza su calcio en la leche
: cuando comienzan a pensar los ojos y el escarabajo del fámulo traduce a góngora al morse
: tras lo eximente del hígado y los permisos de armas
en la embriaguez del minibar vacío
en la buhardilla de la reencarnación del mahatma: *ojo por ojo y el mundo acabará ciego*
: entre máquinas tragaperras chasis que se oxidan bares hediondos a calamares fritos
por el vomitorio de los estadios
y la desolación de las plazas con estatuas ecuestres repletas de esqueletos de gorriones
: mientras el inoculado por la vehemencia es lavado al amanecer en la morgue
y en las fauces del lobo los marcados con tiza trapichean con bocatas y cervezas tibias
: cuando el baby abre el grifo de la noche en el rabillo del codo

y los carteristas del concepto escuchan a juan perro
: en la 47 a la altura del edison hotel al oeste de Broadway donde quedas a almorzar con el ex de
ginsberg
omelette lasaña de llantas del tour de francia
: oye muchacho escúchame por un momento
tus textos
parecen obra
de un tractorista
frases en problemas
renglones donde el otoño llega a su fin el río pierde su rostro la tumba te ofrece su pecho
manchas huellas de manos sobre el papel de pared
recapacita cuenta calcula
no llegamos a diez
así que mejor será decir por ti un responso
nos falta uno para rezar el kadish
ese tipo de palabras
que aún beneficia a los muertos
: un ataúd con rueditas cruza la escena un utilero riega el escenario con aceite
: a un lado estás tú
: al otro lado está ella
bonita pelo castaño falda a cuadros
te lleva de la mano a los mítines del círculo de trabajadores
es tu madre la que te repite desde la cuna
: no
: no te involucres
: no te involucres en cosas ridículas
aleluya
aleluya

Museo de la clase obrera (2018)

La mano izquierda de dios

La modalidad del sufrimiento abandona cada mañana las sinagogas. Abandona el 14 de abril de 1865, Viernes Santo, tarde del asesinato de Lincoln. Pide arenques entre los panes destinados a la Universidad. Ruega lo propicio entre las sacas de la Oficina de Correos y la evaporación de las relojerías cercanas a Nuremberg. La modalidad del sufrimiento retorna a los ojos de Homero como regresa a sus casas la gente corriente.

No es la guerra de Troya, no son los elementos escénicos que idean la prosodia del manifiesto, sino la máquina de cadáveres y los silogismos del juicio. Para ser más exactos, las lilas que no florecerán en el patio donde fueron plantadas por la gente corriente. La indiferencia ha sido persuadida por los brotes del cancionista, el instinto relata las circunstancias de Ulises, los desenterrados oyen la motocicleta de Mahler.

Llegan mozos de mulas al teatro del bosque, entra el descarnador de lo real con el asidero de los objetos irrepresentables. Por lo común agua de herrar, un copo de trueno en el ramal de los céntimos, este dibujo padre de pobres.

La modalidad del sufrimiento rehúye las formas de lo visible, convierte a los espectadores de las anécdotas de la niñez en una escolanía de soldados. Ese tipo de poetas vulgares que pasamos de claro en claro la noche, media docena de melancólicos matones a sueldo de los simbolismos de la retórica: lo falible y lo curvo, el rótulo del palo de jabón dando borradura a las señoritas, coba de género a la capilla ardiente del signo.

Sobre los taburetes del espectáculo las fábulas germinativas de cuanto fue lo creado penetran la imaginación de la gente corriente. Algunas millas al norte, como digo, Lincoln entra en el argumento: *como el estallido de una yema o de una vaina en la vegetación*, capitán de abril, mi padre querido en palabras de Homero.

La historia continúa unas páginas más allá. Mahler frena su motocicleta justo donde comienza la prolongación de la falsedad, justo donde la trampa de las sensaciones explican lo siguiente: la emoción sin comportamiento, la dificultad de existencia ante la soberanía de todo verdugo. No es el sentido común, es la grasa de cerdo, es la camisa gramatical doblada en la maleta de Homero la que va a testificar en Nuremberg sobre el almanaque de las lilas.

Son las siluetas de quienes han soportado las visiones las que deforman el texto, las serviles definiciones de la aniquilación las que privan de toda ley de felicidad la comedia de lo verídico. Son las partituras, los boletos cortados del espectador. Es el azar de las huellas en el túnel. Son las fábulas germinativas del prestigio. Es la tragedia la que penetra la imaginación de la gente corriente.

El cansancio de la muerte precinta herméticamente la responsabilidad de las Bellas Artes. El olvido utiliza los ojos del diablo para observar la organización de la monotonía, usa la influencia del método sobre la ingeniería del fracaso en la sien. A semejante distancia, el consumo sanciona el naturalismo de los deformes, el ensayo sobre la antigua ilusión del griego legaliza el habla consciente. Lo equivalente es la incurable basura de las reproducciones en el altoparlante, la temperatura desnuda del miedo.

Un hombre habla de estas cosas. Está sentado sobre cuanto fue lo real, frases lavadas, rifas de santero en las condensaciones de lo imaginario. Está cubierto por la sangre de la fraternidad de la Revolución Francesa, por la degradación a un minuto escaso del abecedario de la igualdad de los soviets, el mismo lugar donde los informantes de lo indivisible reconocen el obstáculo surrealista como una posibilidad espontánea.

El dividendo es la muerte de Lincoln, la actividad es la raya de Mahler, la astucia es la ceguera de Homero. Es el instante del triunfo ocasional sobre el tiempo de las omisiones, la ausencia con que la gente corriente busca cada mañana una explicación al embalaje del loco, el rastro que conduzca a un extraño, al sistemáticamente femenino, al curado por la pedagogía de los consejos.

Entonces el poema se levanta y da por terminada la superficie del lenguaje, se apoya en la escalera de mano, digamos el punto de vista desde el que se asoma al vacío, a cierto grado de premonición equidistante a la agricultura de lo que llamamos destino, y ahí, destructiva, irreparablemente fragmentado por el mecanismo íntimo, tampoco alcanza a dar testimonio de la mano izquierda de Dios.

La casa roja (2008)

La tumba de Keats

(Fragmento)

The poetry of earth is never dead.
John Keats

Esto sucede ante la hora izquierda en que mi vida,
violenta juventud contra el poder de un príncipe,
llama jauría a la verdad y belleza a los puentes derrumbados.
Llama flor del frío a la tumba de los náufragos,
astrolabio muerto a la nieve de los locos.
Hornea un talco negro el hambre de la muerte,
la edad de los sentidos, el obstinado aliento
de la cansada luz de octubre en el baúl de abejas.
Brota sobre esta duna blanca la vehemente hierba de las islas,
la implacable hormiga en el blando bulbo de la boca helada.
Con guantes de forense sale la noche verde de su estuche
y la tempestad retumba por el otoño roto de las ánforas.
Tiene aquí mi corazón la edad del mundo,
el pez de piedra bajo el que los recién nacidos duermen.
Sufre el impaciente un reloj de sol bajo los párpados,
la aguja inmóvil como retina fría de los caballos muertos.
Mi vida es el temblor del consternado y el indigente ciego,
la constelación del triste en un festín de víctimas.
No conozco otra conciencia que la oscuridad translúcida,
la sábana de vidrio sobre la que la infernal razón se acuesta.
Vivo separado del rumbo de las cosas, hablo el miedo
de un heredero alzado contra el funesto monarca de las ciénagas.
No espero nada de los dioses, nada de la memorable epidemia de sus jueces.
Soy distinto ante el esclavo y el enano, soy el mismo suplicante y el eunuco.
Soy el transeúnte de la atmósfera, el anhelante oscuro del relámpago.
Oigo voces, oigo al temeroso y al anciano, sé que un caballo es un momento.
Oigo pasos, oigo el lastimoso trueno que al perenne huérfano perturba.
Tengo por amigo al penitente mar y al anticuado otoño,

amo la imperturbable soledad del hombre y la confidencia de los pájaros.
Llamo inalcanzable a la distancia que hay entre dos cuerpos,
alternativamente invado el país del fracaso y el suelo natal de la victoria.
Fui adolescente y me envenené con lumbre, fui déspota incansable
contra la vanidad que hastía la fiesta de los cuerpos.
No he llegado más lejos de mí mismo que una moneda del avaro está de otra,
considero estéril el invierno, considero el azul imprescindible.
Me ocupo con horror de los esfuerzos que hace cada día el sol por elogiar la tierra,
siento simpatía por el primitivo lúcido y por el débil infeliz metódico.
Prefiero la melancolía del cobarde a la furia invencible de los héroes,
prefiero el desamparo de los campos a la rígida ambición de los sepulcros.
Dios está cansado de escucharnos, están cansados los hombres y los perros,
la nostalgia es una canoa a la deriva por el río blanco de la muerte.

No me arrepiento de nada ni de nadie, la vida es un monólogo
entre la índole extinguida de una estrella y la natural semilla.
Mi alma crece silenciosa hacia un lugar incierto,
allí las fieras luctuosas, allí el sicario gótico y el infortunio ciego.
Brotó el arco iris de los cálices que sostuvo Homero,
le brotó su cuerno al fauno, el eco al precipicio, su luz al cielo.
Ésta es la frontera de mi vida, ésta la hora izquierda
exacta en el destino del corazón de un prófugo.
Yo iré donde tú vayas vida esquiva, en tempestad, de noche,
junto al fugitivo cazador de las lagunas, con el presidiario absuelto,
yo cruzaré los médanos con lumbre, yo abrasaré los remolinos ciegos.
He sido parcial con los vencidos, seguiré siendo parcial ante los muertos.
Recuerdo de mi infancia tres peligros,
recuerdo el mal, los ojos sin pretexto del maldito,
recuerdo el aire que había en las palabras,
recuerdo un sueño, su prodigio, recuerdo el asno blanco del lechero.
He vagado por ahí, irrevocable, alegre, desmedido,
he ofendido con voluntad a los jerarcas
y al atónito perpetuo en su torre de herrumbre.
Salgo de un lugar y voy a otro, me inspiran compasión las jaulas.
No soy distinto al péndulo en la cueva ni al nadador vendado,

mi mayor habilidad es la pereza de encontrarme con otros a menudo.
De lo mismo que me acusan yo me acuso, jamás mis amuletos me abandonan.
Siento ante la noche una curiosidad equívoca,
tengo ante lo súbito un poder magnético.
Hay un pretérito espectro que no olvido,
hay un rumor lejano del infierno,
hay un enigma hebreo junto al mito.
Mi cuadrilla es inhábil para todo, nada sabe.
Tengo un secreto según la estación del año,
un invariable encargo desde el primer aliento.
Me contradigo siempre, la certeza es la sombra de un delito.
De vez en cuando me asocio con proscritos,
encuentro a mi amigo en la revuelta, me hospedo en un lugar impenetrable.
Sé que existe en la belleza el bosque iluminado y la mujer mágica.
He oído la música del próspero océano y la ligera lluvia sobre el tambor de ébano,
he oído el tímpano y el arpa en las catedrales fúnebres,
la esquila del leproso y la irrevocable campana del jurista.
No he aprendido a sufrir, toda severidad es inhumana.
Yo era, yo fui lo que las manos de un padre ante la generación exhausta,
el encomendado a la mudez, el imprudente ileso.
Cada visión del hombre es una idea nueva que visita el mundo,
el silbato con que un cartero festeja la imitación de Dios.
La imaginación es una vivienda donde los herejes hacen ruido con el Apocalipsis,
la imaginación es insalubre para las lápidas y el asiento de los agónicos,
la imaginación hizo resucitar a Jesús al tercer día,
la imaginación es un túnel de tierra de colores ante los ojos del topo,
yo he visto el mundo real de la imaginación sobre la memoria de los errores,
yo he visto al turbulento y a su ferviente amiga salvados por la imaginación,
porque el cínico no ha ido al infierno gracias a la imaginación
y el infame no ha entrado en el deshonor de su propia verdad gracias a la imaginación.
Yo me revelo contigo en la imaginación como el silencio en una amante inédita,
la conjetura indaga su resoplido entre la ruina, el árbol aborrece los valles,
ningún cautiverio dura eternamente en la brevedad de los labios de Horacio,
ninguna ciencia de rabinos descubrirá la amistad entre la poesía y el cielo,
los nómades no tienen campamento sino en la periferia donde algo amenaza,

Dante no tuvo campamento en los infalibles círculos,
yo tengo un aposento bajo el sombrero de paja y una estera de marfil en el asilo de las nubes.
Mi nombre no dice nada a quienes me rodean, voluntariamente combato sus síntomas.
Concibo la memoria como el oficio de devolver a las aldeas su soberanía.
Algunas veces la juventud es una pasión enferma que ha huido del séquito,
su vanidad decora el orgullo como las sombras una caverna.
Todo lo inverosímil representa una verdad para alguien,
el unicornio es inverosímil, el ángel es inverosímil, la raya del horizonte es inverosímil.
Lo imposible es indulgente con la maravilla,
llamo maravilla al pez de obsidiana y al vértigo de otro abismo desde los puentes de mimbre.
La pesadumbre escolta los intentos como el desencanto la orfandad del logro.
El riesgo vive en el semblante de los supersticiosos, el crepúsculo tiene las manos atadas.
El progenitor del artista es un mensajero que trae recados de la oscuridad.
En la provincia de las fábulas hay fábricas de púrpura para el ataúd de las estatuas.
Lo contrario al fallecimiento es una sonrisa inesperada, lo contrario al glaciarse la belleza del fuego.
Todo lo inmortal admite el mediodía, el girasol hace alianza con los páramos resecos.
El límite del hombre, el límite de la velocidad del pensamiento.
No han sido escritas estas palabras para el conocimiento de la razón
y no porque esa necesidad de conocer el sabor de los ruidos semánticos
no asista como un deber al hombre y sea enfermedad de su inteligencia,
pero el que entra en una tumba blanca y prueba el blanco y duerme sobre el blanco
no debería ya manchar con otra elección el lugar de lo sagrado.
Yo he entrado en una tumba blanca y he comido en ella carne brillante de pez,
he bebido agua de cal como otros beben agua de Dios mezclada con lluvia,
y a esa tumba la he llamado casa y he cerrado la puerta y me he quedado a vivir en ella.
Cuando llamó el lúcido le pregunté a qué venía, vengo para saber, eso dijo.
Cuando llegó el cobarde entró también el desconocido, traían aceite para las lámparas.
Nadie me ha ayudado a equivocarme, yo mismo he abolido mis derechos.
[...]

La tumba de Keats (1999)

Poética

He aquí el mar alzado en un abrir y cerrar de ojos de pastor, la voz precursora de Juan Larrea cuando *un ciervo de otoño baja a lamer la luna de tu mano*. Imagino un mundo hecho de palabras, una realidad que ya solo existe en el lenguaje. Puedo presentir otra existencia en la memoria, la súbita presencia de una lejanía que se hace voz sin boca en el poema a través de las leyes secretas de la imaginación. Supongo una asamblea ciudadana en la que cada cual, dispuesto a interferir en las ambiguas supersticiones del destino, hiciese de su vida un proyecto espiritual y político destinado a ampliar los horizontes significativos del porvenir. Hablo de lo queideo, de la vital experiencia de la intuición frente a la esclerosis anímica de la costumbre. Creo en la libertad absoluta de la condición humana para construir con el sueño de su inteligencia un lugar de acogida moral frente a la intemperie pragmática de la razón. Pienso que, al igual que las personas, también las palabras son responsables unas de otras, seres de conocimiento vinculados por los modos del azar, herramientas comprometidas en la tarea de lo inexpresable o acaso espejos sin reflejo de las aún no visibles semejanzas entre el saber de lo aparente real y las formas de otro saber en las desconocidas aldeas celestes. Hablo de una abstracción que sitúa toda la realidad en el corazón fonético del universo, en la posibilidad intransferible del ser para hacerse lenguaje y otorgar sentido a su existencia. Es decir, asumo la poesía como un camino hacia la interioridad de las fundaciones del espíritu y al definitivo valor inmaterial de la conciencia, a la irradiante oscuridad del amor y la rectificable claridad de la muerte. Acepto la voluntad de esa minoría que reside en mí y que constituye “el desenvolvimiento de una protesta”, aquella que desde la periferia de la felicidad se persona ante mí y cuestiona la inútil solemnidad de los diálogos con la pretensión esclarecedora y de cualquier otra forma de preceptiva. La voluntad de mi cuerpo no siempre coincide con el libre deseo de mi pensamiento, un habla sin efigie que ejerce una tan radical como delicada resistencia a la servidumbre de las representaciones del yo. Me refiero al lenguaje autónomo de la poesía, a la liberación de “la cantidad hechizada” como la llamaría Lezama Lima, de todas las vicisitudes anteriores al ser, lo ancestral configurante de lo humano en la cultura lingüística, una causalidad incondicionada que remite por igual a la revelación como a un nuevo y perturbador conocimiento. Conocimiento de qué, se pregunta quien no espera respuesta, conocimiento del lugar obligado en la ensoñación, responde el que sin otra identidad que lo indescifrable es interrogado por la autoridad geocéntrica de los raciocinios de lógica. No quedan huellas en la senda por donde los dioses huidos se alejaron de su confianza en el lenguaje, su propia naturaleza es obra del imaginario, y solo de sus metamorfosis en la aspiración mental de los seres surge la finalidad consoladora de su presencia como un amparo ante la

duración y la intemperie, la “pasmosa naturalidad” de su dominio sobre las metáforas de la identidad y del sueño, sobre la transparencia de los misterios y las inmensas extensiones sin resolución crítica de la soledad humana. La poesía reside en su única posibilidad de existencia, en la conciencia tan ambigua como arcana de la percepción subjetiva del espacio y del tiempo, una lejanía hacia atrás en busca del verbo y una proximidad con el resguardo alentador de la promesa, signos desprendidos de la caligrafía solar y cifra futura de las ilusionantes quimeras de los vivientes. Es decir, no sé. Es decir, un testimonio ante la infinitud, una redención prelógica en el no lugar, allá donde solo es posible ascender a lo adivinado, descender al vaticinio, a través del asombro y la constructiva extrañeza de los lenguajes humanos.

No ignoro las razones por las que comencé a escribir, sin duda para guarecerme, pero desconozco, después del fracaso, las razones que me llevan a seguir haciéndolo. Como si se tratara de un encargo que nadie me ha hecho, la actitud de lo que yo entiendo por poesía equivale por entero al sentido único de mi vida, no hay otra casa temporal fuera de ella, no existe más pequeñez en su albergue, ni mayor grandeza en su desamparo, que su presencia en el instante del vivir, su protección, su imprevisible resistencia ante el ser inocente que sitiado por los dioses efímeros, asediado por la vulgaridad de los triunfos, va de camino hacia la conclusión irreconciliable con los espectros, también ilusorios, de la muerte. Hay otra bullente forma de vida oculta bajo el desvalido lenguaje de la poesía, una más noble humildad enfrentada a la época regida por la escatología del dinero como valor único y la pornografía de la violencia como ideario estético, otro hilo con el que tejer los paños religiosamente laicos de una no por remota menos actual poética civil, ese reconciliarse con la vicisitud de la condición humana, de cuanto paradójico hay en su avatar, en las implicaciones éticas que agrietan ya de modo irreversible el verificable desastre, el mausoleo de una literatura concebida como biblioteca de un pecado original, de una culpa sin redención transformativa. Todo es construcción imaginaria, una legislación solar en cada piedra inca, un fuero interno en cada página de Shakespeare donde la lechuza de Atenea es la hija de un panadero, en cada verso de Whitman que le lavó los pies a Buda después de la incineración, hay una nueva imagen que reedifica sobre la inocente pobreza de lo terrenal la posibilidad de otra humanidad sin término, la piedad de otra luz sobre el fragmento de los silenciados en busca de rostro. Un estar en el saber como forma probable del error frente a las mitologías de lo verdadero, un entender lo incompresible de las prolongaciones del sueño y los interrogantes de la intuición creadora. Esa pudiera ser también la dificultad de que lo no posible solo es realizable en el poema, cuanto aún lo no probable ni inteligible se refracta como reminiscencia de un desobediente saber en la tregua que instaura la vida en lo verosímil de todo poema.

No soy el desvalido categórico, sino una parte del desvalimiento de quienes han pasado la mitad de su vida en la oscuridad, en las afueras de otro cuadro de Chagall, en una aldea de miel y nieve cuya dialéctica es la continuidad de las estrellas y la noche. En mi memoria hay un lugar en el que nunca he estado, como un extranjero que por la senda de la ensoñación avanza hacia un sueño aún pendiente de ser soñado. No he elegido la forma de mis sentimientos, sino el modo de refutar la conformidad de cuanto con ellos yo mismo disiento, el desordenado procedimiento para hacer frente a los dogmas y a la monstruosidad inamovible de los arquetipos, la potestad que instaura los hábitos del sufrimiento sobre el decurso de las criaturas. Me implica el pesar civil y la pena nunca anónima del otro. Mi relación con la poesía es una disposición crítica ante la finalidad de los discursos de orden, la dominación, el sometimiento y la negación de las potencias del espíritu, la supremacía de los autoritarismos sobre la rebeldía del deseo y la imaginación, los más bellos por inarmónicos métodos de conocimiento. Ningún poema aspira a convertirse en una tiniebla culposa, tampoco en funeral morada ni en cripta erigida con los ladrillos retóricos de las pasadas victorias de un mito; un poema acaso debiera negarse a ser cualquier otra cosa que no fuese una sistemática mutación de sentido, un alumbramiento germinativo opuesto a la gravitación de lo muerto y la resignada desactivación elegiaca. No es la astucia de quien baraja el tarot para decapitar al destino un instrumento de la lírica, ni es el poema la herrería donde las hechicerías lingüísticas fraguan su errancia por el automatismo acrítico y los dialectos del sentimentalismo embrionario. Un poema no expresa ni combate un supuesto modelo de referencialidad, no desplaza las sobrenaturales fecundaciones de la cosa musicalmente imaginada ni la parodia filosófica, sino que funda el conocimiento de sí mismo, algo que nos aproxima a la nada, a la fluencia de lo que se resiste a ser consumido, a una participación sin finalidad, a su puro ser sin más logro que la cosa impura, hidrógeno y oxígeno en el mismo hueco donde las aguas se abrazan dentro del agua, donde el aire sin tiempo es epifanía de la palabra y cerebro de otro origen. Hablo a tientas, con los ojos vendados y carente de toda seguridad demostrativa. Hablo acaso de lo que es visto sin ser mirado, de lo que sale al encuentro y aún careciendo de nombre reconocemos como presencia de lo otro, de otro en algo bienaventurado y semejante y aún así secreto. He ahí al encomendado por la historia de las ocultaciones haciéndose aprendizaje de voz, la dicción inestable que es cada poeta, el impalpable heredero de la herida en que se transforma el hibernante en la caverna de las sombras del lenguaje.

Hablo desde la necesidad de entender, ajeno a todo argumento de autoridad, ausente de cualquier certeza consciente acerca de los mecanismos iluminadores de la creación. Soy receptivo a una fluencia que se origina en el seno mismo de la lengua, y que se articula en una decisión en

gran medida ajena a lo que ya conozco, exenta de cualquier intencionalidad que no sea la de ser un acompañante indeciso de lo contemporáneo, el eco de una remota dicción moral que se hospeda en el cuerpo hechizado por las desavenencias y conflictos formales de la escritura. Son las sucesivas mutaciones de la evaporada belleza, desde los poetas náhuatl a John Keats, desde la curación del ciervo vulnerado en el otero del idioma descalzo a los montones de azafrán donde los niños de Lorca machacan pequeñas ardillas. Todas las posibilidades están abiertas, y es el iluminante relámpago del amor que atraviesa el lóbulo de Hölderlin el mismo rayo que carboniza la colmena donde habrá que buscar la aguja perdida, la continuidad del hilo celeste que enhebra el agua que somos. Nada anómalo habita en lo que disiente, su proceder deriva tanto del recurso inteligente como de una revelación desconocida, esa vacilante voluntad que nos impulsa al retorno cíclico al grado cero de la escritura, a la infancia del silencio que sigue habitando los labios de los muertos. Acaso, como escribió Jorge Teillier, *deberíamos decir que ya no nos esperen, / pero hemos cambiado de lenguaje / y nadie podrá comprender a los que oímos / a un desconocido silbar en el bosque*. Oír, oír esa luz, recoger los frutos del árbol hace tiempo talado, hacer posible la sucesión del alma del mundo como parte del proyecto configurante de la naturaleza. Creo poco en las metáforas que solo cambian la realidad de sitio y me resisto a entender el hecho poético como una mera percepción musical del mundo. Atiendo intuitivamente a una tarea de mudanza hacia lo que pudiera ser, aunque no haya de serlo nunca, la mutable dignidad humana enfrentada a los desafíos de la historia, involucrada políticamente en sus hechos, repobladora de significados sobre las calcinadas extensiones del futuro.

Fue el exterminio de la conciencia lo que se perseguía en Auschwitz, es la fosilización de las cenizas de lo maravilloso lo que la ominosa época impuso como rechazo a la conciencia portadora de extranjería, al diferente en su pasión de ser, a lo que tripulado por la delicadeza ennoblecía con su sueño las promesas de la tierra. La pregunta no será si es posible escribir poesía después de la Shoá, sino el modo en que deberíamos hacernos cargo de las ruinas del espíritu humano, en cómo desandar hacia delante los caminos teóricos de la poética y los argumentos de filosofía que condujeron, sin impedirlo, al terrorífico fracaso. No es sobre los imperturbables cementerios de la humillación donde las inválidas palabras de los libros muertos han de volver a modular un balbuceo incapaz de resistir al mal, sino en la diferencia individual de las nuevas construcciones críticas donde han de hallar su manifestación las desconocidas formas de la cualidad poética. Alguna otra conducta será exigible al concepto de la hermosura ante el resquebrajamiento de su templo y la advertencia de abismo. Si nada fue ajeno a la brutal experiencia del sufrimiento humano, nada análogo a las vísperas de ese dolor puede ya dejar de incumbirnos como personas de habla. Es la didáctica inaudible de la voz poética la que reclama

para sí otro espacio fuera de la marcialidad de los indiferenciados y las escarchas canónicas, otro lugar en la topofilia del afuera, lejano a la adecuación, obsesivamente intruso en cuanto pensamiento aún sea la conjetura capaz de habitar la vastedad como una ausencia deífica, de invocar la salud de las representaciones hurtadas a la piedad y esquivas a la misericordia; la labor de un reconstruir irrefutable más allá de sus inmanentes razones, acaso ya la única tarea que participa de la naturaleza de una condición sagrada, la digna honestidad humana, la consideración del respeto y la honra, la estima de las criaturas para quienes hemos convertido, literalmente, el planeta en un infierno.

Siento temor ante los espectros y la intimidación de sus fórmulas, antes o después siempre déspotas, mas no tengo miedo a lo secreto que se revela en las sustituciones del sentido con las que el poeta contemporáneo desafía la jerarquía de los lenguajes de fuerza, las marcas perdurables que tras los lenguajes de dominio siguen trazando un rastro indubitable hacia lo ominoso. En cualquier circunstancia de la historia la poesía ha esclarecido con su lenguaje de esperanza y utópico optimismo la resistencia frente a la fatalidad y la execración de la infamia. Su perennidad apenas supone un instante en el coro del canto y la salmodia de los hablantes, de los prófugos de la gramática, creyentes o apóstatas enamorados de una lejana extrañeza solar, prófugos del mandamiento, herejes del idioma entre las nieblas de lo disímil y las ya impalpables figuras emblemáticas de cuanto fue la intercesión con lo maravilloso: la caída de las lágrimas de Duchamp, la tumba en el muro del mihrab donde rejuvenece Góngora, los viejos bailarines al borde del abismo de Nicanor Parra. Aquellos para quien la cabeza de la Tierra diserta por ellos y se hacen uno en el caudal donde desembocan los afluentes de desconocidas aguas, los ángeles que gritan tras las gateras del psicoanálisis, la mujer y sus vértebras arbóreas, y uno también en las constelaciones del alcohol y del heno, en la aún muy joven ancianidad de los argonautas y los hipocondríacos perseguidos por las gallinas del Génesis.

El poeta, apuntaba Cortázar, es una persona, como todo el mundo sabe, desagradable; trataré de no serlo; sí, tal vez, un testigo regañón que no testifica, alguien que no gusta de la palabra hincapié, jugarreta, hojarasca, y que ante las cristalizaciones del enorgullecimiento opone una enfermiza resistencia con la indiscutible verdad que no tiene. No es sabia esa índole individuo, sino que desafía al saber, no tiene la prudente insensatez del hechicero ni la elasticidad de un príncipe, no es el cronólogo ni el cronista, tampoco el albacea testamentario de los sortilegios, no ha descubierto ninguna cantidad incógnita, apenas cuenta el deseo de las fugaces y acumula en su cabeza el incumplimiento de las oraciones, mal oficiante y peor profeta, dice: *el que sueña se mezcla con el aire*, y en esa activa soledad no acumula conocimiento sino pérdida y carencias. Por

la tierra entreabierta se asoma Artaud a los duros corazones de vinagre: *He estado enfermo toda mi vida y no pido más que continuar estándolo*. Alguien acaba de entender que la espantosa belleza tampoco es el camino, así que excava donde nunca hubo nada que no hubiese sido ya encontrado, removido por los médicos, desechado por los forenses de la lingüística; alguien como tú que carece de personalidad y se agrava en esa difuminación: queda abolido con cada ridículo elogio, el indisciplinado ortográfico, el desertor del sistema tétrico decimal, apóstata ante la métrica del espiritismo. El puro constructor de errores, el huésped en la errata del odio donde debería decir oído, ese transitorio acento que pone la vida sobre la vida.

Palabras civiles para después del tiempo, según lo enunciado ante mar de la imaginación por Rafael Pérez Estrada; *un lugar donde no van a parar los cobardes*, en la iluminadora ética de Antonio Gamoneda, dos designaciones excepcionalmente presentes en la fundación estética y emotiva de mi vida, el azar liberador, configurante e intenso de los accidentes de la creatividad, la imaginación, la amante del mundo, *bella como el encuentro fortuito de una máquina de coser y un paraguas sobre una mesa de disección*; era el concreto Lautréamont sobre las toneladas de sonetos secos y versos doctrinales del siglo de la oscuridad, la conjura del erotismo en las movientes páginas de la impaciencia, la exterioridad de las revelaciones en reemplazo de la degenerativa fantasía de los sentimentalismos adánicos.

Hablamos de las palabras y de su potencialidad para el asombro en el orbe lingüístico, pero también de su salubridad restauradora de albedrío frente al tedio oclusivo, la banalización discursiva y las ficciones de autoridad del discurso político. Indaga el habla poética un más allá de la contemplación ornamental y la mansedumbre que ha situado la lucha por los derechos civiles a la felicidad fuera de la historia. El tópico de la angustia y la soledad humana, la presencia irradiante de los débiles y los humildes, no son un hecho de naturaleza, sino la consecuencia de un desvío sociológico incrustado, y vorazmente mantenido, en lo que llamamos progreso por las estructuras esclavistas de mercado. Es sostenible que la actividad poética participa a través del lenguaje en los anclajes éticos del idioma, y es defendible que su presencia como amparo en la herencia de los significados pueda ocupar un lugar enérgico y eficiente en la repulsa, allí donde la infestación publicitaria, la demagogia propagandista y la peroración del nuevo fascismo alteran el proyecto semántico, exactamente aquí donde piedad y justicia, trabajo o libertad, lindan en la indiferencia con el sema gramático de sus antónimos. Ha de dar cuenta la poesía de esas erosiones que sobre la superficie del lenguaje remiten a un más profundo deterioro en las raíces del pensamiento humanista. Es hacia la emancipación ética del poema hacia donde quisiera dirigir el sentido de estas palabras que vinculan la poesía con la resistencia al mal, el intento por redefinir los vínculos y las desavenencias a los que en el seno de la sociedad contemporánea se enfrenta la

poesía. No hablo de una responsabilidad civilizadora ni de tarea mesiánica alguna, sino de la actualización crítica de un imperativo categórico: el de la memoria compasiva, el de la pertinencia de cuanto constituye un acto de legítima defensa contra la soberbia obstinación del poder para mentir. Sea cual fuere el futuro de la materia lingüística de la imaginación, la poesía habrá de estar en ese umbral inclinando el fiel hacia el valor enunciador de lo bello y lo justo, lo humano en su abstracción informante, la vivacidad dialéctica de cuanto recuerda y no disocia la vida del irrenunciable paradigma de cuanto discutimos en la teoría de los valores como género del bien.

Aún cuando sabemos que pocas veces la poesía ha servido a la razón práctica, su presencia en la historia de la cultura es trasversal y sistemática en todas las áreas del pensamiento, desde aquella paradójica libertad de pensamiento que acusando de impiedad a Sócrates lo condena a beber cicuta, hasta la pensativa y tolerante primavera en que Marsilio Ficino concilia al arte con lo absoluto, desde la persuasiva lente de Galileo Galilei hasta los ojos de jaguar en los que Murray Gell-Mann intuyó el fluir cuántico de los *quarks*. La poesía, la naturaleza química del lenguaje, es la conciencia primordial del mundo, un razonar sobre la irrealidad de lo real, un *des-conocimiento* de cuanto ha sido domesticado por el hábito de las convenciones; no elucubra para instrumentalizar en función de un fin pues es ella es su propia intención y todo propósito reside en sí misma.

No en algo, sino en toda su plenitud concierne a la poesía el destino del ser humano y la tachadura de su tragedia en los párrafos de la historia civil donde el supremacismo sexista y la xenofobia, aliados con la apología del olvido, se añaden al constructor de la felicidad amnésica, una sociedad de privilegios donde los derechos ciudadanos parecen haber sido sustituidos por las hojas de reclamaciones del cliente. También en la poética y sin que haya espejo, ha de sumarse ese reflejo, el de las modulaciones vocales como una necesaria injerencia en el destino de la humanidad: interferir la mudez moral ante la barbarie, objetar el inane prestigio de la basura, la notabilidad de las extravagancias del trujamán gastrónomo ante la invisibilidad de los crímenes por hambre. Reabre su función la poesía en tiempos de penuria, en la época constante de la ruina y la corrupción despótica que califican cada segmento del tiempo presente. Pensaba Shelley que los poetas eran los legisladores no reconocidos de la humanidad, hoy ya sabemos que no es así, son los grandes sátrapas y los mercaderes del dolor humano, los coleccionistas de escamas litográficas como llamaba Baudelaire al dinero, los únicos regentes del mundo. Acaso le quede aún a los poetas otra posibilidad, la de convertirse en los intermediadores con lo invisible, quienes tras las incumplidas promesas y la melancolía de las utopías aún pueden volver a poner en pie las palabras, en pie la voluntad que sostiene a los sueños, en pie el diálogo siempre pendiente con el tiempo de la esperanza.

Trabaja la poesía con todas las semejanzas, entre los pliegues de una cultura donde la epifanía

gesta lo ausente y lo taumatúrgico las derivaciones del verbo, la voz que enuncia ante el industrioso homicidio *el soy inocente, el tengo derechos, el no me mates*. Creo en esa tarea que opuesta a las ideologías del infortunio custodia la futuridad de la poesía, un lenguaje que ha sido hecho para ayudar a construir la casa de la verdad y no para destruirla, su escisión de los idiomas normalizados por el serrín jurídico de la retórica. Una poética que vertebra su quehacer en la condición de la persona, en la abolición de su sufrimiento, un trabajo no subordinado a las recompensas, libre, mágico, delirante si así lo desea el éxtasis, corrosivo si así lo quiere su digresión ante la imbécil máscara de las usuras del mundo. Desconozco el modo de hacerlo, pero presiento su anhelante necesidad por hacerse presente en la conciencia de ese conocimiento que de *mí* hay en un *otro* y de las cosas que alrededor de *mí* conforman el experimento crítico de la escritura, la percepción y conocimiento de cuanto hay de averiguador tras el caparazón semiológico, su significativa espiral hacia lo infinito, su eco ante la incertidumbre y el silencio, el placer de esa experiencia interior que deviene en lo que era para Bataille el desequilibrio, la incondicional identificación con el ser que se pierde.

Es el cuidado y la protectora compañía de sus actos sin fuerza lo que entra en concierto con la analogía de los débiles, con quienes desapercibidos entre la zona himnica del rito y los paramentos sin proyecto de las mitologías moribundas, la que establece parentesco y deuda entre la palabra poética y la necesidad de nombrar los suburbios de la dificultad humana, los desestimados de toda condición, los ausentes, los eclipsados por la turbiedad de los héroes: las víctimas civiles, el expulsado de la figuración crítica del mundo, los refugiados, las víctimas, ellos el huérfano, ellas las viudas como figuras emblemáticas de la expiación. Trata la poética del humanismo de asumir esa custodia, de que se reabran los textos clausurados por la ortodoxia del autoritarismo a la única justicia ya posible, la de recordar su inocencia y dar nombre, frente a la hipocresía ideológica de lo silenciado, al viviente moral que perdura en la subestima exigiendo espacio en la figuración de lo justo. Es el derecho a soñar con otra vida en esta misma vida, la delicadeza del cuerpo verbal del poema enfrentado a la ferocidad sin excepción del poder. Ciertamente estoy pensando en una forma de herejía que tal texto debiera suponer frente a los preceptos establecidos por la jurisprudencia literaria, una eticidad de la desobediencia, una fascinación por el descubrimiento frente a la atrofia ya no significativa de las caducas cartografías de la costumbre. Una poética en la que no esté presente la individualidad del ser contemporáneo, su deuda plural con el pasado y su coexistente nostalgia de futuro, será una poesía difunta, deshabitada de refracción, inútil como todo delito culposo contra la inteligencia.

No se trata de una tarea de excelencia, sino de la simple sencillez, acaso hasta primitiva, de poner la palabra en el lugar del cuerpo donde lo primigenio obró su curación milagrosa: la de nombrar la necesidad al amparo de los símbolos, la compleja creación de los dioses tan en

extremo irradiante durante la noche de las civilizaciones, una espontánea cultura de la sensibilidad que haga del texto un exorcismo contra el estrago, una dicha hospitalaria para la acción política del individuo que interviene en el desafío kantiano de la dignidad: “la humanidad misma es dignidad: porque el hombre no puede ser utilizado únicamente como medio por ningún hombre (ni por otros, ni siquiera por sí mismo), sino siempre a la vez como fin, y en esto consiste precisamente su dignidad (la personalidad) en virtud de la cual se eleva sobre todas las cosas (...)”. Una sinonimia entre humanidad y poema, la palabra personificada en su abstracto de singular epopeya, arrastrando las vicisitudes y la inestabilidad de su principal condición: nombrar lo indistinto y lo singular, la numerosidad que se hace presente en cada individuo al conformar la identidad del *ethos* en su dictado mayor: el no matarás.

Como sustancia exclusiva que es del intelecto la poesía está hecha para comprender, pero no para entender de una determinada manera y en ella abismarse, pues su circunstancia trasciende la exigencia significativa de lo temporal. Deviene a veces en aliento órfico del mundo, en religión secreta de los textos ininteligibles, otras lo hace como presencia metafísica, como subrayado de las cosmogonías del espíritu, y ya como escritos de salvación solo descifrados en la muerte, en las obras de tumba y de cárcel, en las inscripciones anónimas y los manuscritos inéditos donde copulan las adolescencias, en las bisagras del ventanuco por donde la cola de la lagartija abandona la cabeza del monstruo, en el etcétera de las cédulas y los tratados de magia, en la partitura orquestal de los timbaleros jurídicos, en las lluvias sobre los evangelios de Mateo Leví, *siego donde no sembré y recojo donde no esparcí*, en la emboscada de lo fortuito, Altamira pintada por Paul Klee, estas mismas palabras que azuzan al blanco caballo de Piero della Francesca y oyen al ruiseñor de Keats que anida en el urinario del dadaísmo... heredades de lo tribal y ulterior, hermosa conjura de las transfiguraciones, la mandrágora que pilotada por una asnila etrusca llega hasta su contrario y en ello se libera, como Lezama Lima que mastica un cangrejo hasta exhalarlo por la punta de los dedos al tocar un piano, Oscar Wilde con un traje de presidiario a rayas en la prisión victoriosa, la plenitud del perdedor abriendo las puertas a la luz del devenir humano. No el cancerbero con tres cabezas del Hades, sino el guardián invisible de un cuidado que solo al habla debe la temeridad de su naturaleza. Ahí lo délfico y la iletrada sabiduría de sus seres nocturnos por el laberinto sin retorno que conduce al retorno, la palabra en la herencia de Píndaro y Rimbaud, juntos ya en la unánime prolongación metafórica, la somnolienta embriaguez del otoño en la aldea de campanas de Rosalía de Castro, en los elefantes bibliográficos de Marianne Moore, en los versos de Verlaine con los que el mando aliado comunica en clave al movimiento de la Resistencia francesa el desembarco de Normandía, el inicio de la liberación de Europa tras la abominable ocupación del nazismo. Un poeta, pensaba René Char, no debería dejar pruebas sino las huellas que permitieran soñar, esa pluralidad discordante de misterios y enigmas que vinculan

la secreta sabiduría de las cosas con la nostalgia de otro destino en las tierras del bien. Huellas de un aura no extinta, ya sea su consoladora presencia como fiesta de la inteligencia, en expresión de Valéry, o suerte revolucionaria en la lucha a favor del pasado oprimido, para expresarlo en un concepto vinculante de Walter Benjamin. Todo se desplaza, cada día el designio echa sus raíces en alguna obligación insuficiente del ángel entendido como fragmento teológico-político de la historia de la creación; y así como cada amanecer el oficio del poeta es otro, y distinta su incumbencia en la que se hace presente la voz de una súbita lejanía, también su diálogo con las indecisiones lo lleva a asumir lo desconocido: *un enano sale del pozo a comer pan por la noche, la gallina de agua que ladra contra los muros de cristal, el potro domado que se ejercita en el veneno...* Palabras que solo un dios lárlico convertido en nombre podría entender sin inmolarse y hacerse evaporación durante el descenso hacia su propia imagen, allí donde la iguana –oigamos a Lezama – interpone su soplo en los consejos del rocío.

Mestizaje, fugacidad, reaparición fulgurante, metáfora y metamorfosis de la alegoría en absurdidad, acaso lo más análogo a lo racional, una ascensión a lo oscuro, un descenso a la claridad donde solo la poesía da cuenta de lo que de otro modo sería indescifrable. La que está en aquellos que absorbidos por la locura y el hechizo del infinito se aventuran a la concesión sin retorno, el escriba de un armonioso flujo, las nacientes voces en el aprendizaje de ser las abejas en la oquedad sin vacío del mundo, síntesis de todas las paradojas, de los imaginarios levitantes de ese pequeño dios civil que es la persona. Ese es el simbólico espacio que conquista el poema y su azar concurrente al hacerse materia de discernimiento, algo en proceso, sin cristalización definitiva, sin espacio de fijeza en las ciudades prometidas por el vidente y jamás visitadas por el hechicero, los avisadores del fuego en la emboscada de las quietudes místicas, Santa Teresa piando a Felipe II, la bondad musical del Cristo desnudo de Benvenuto Cellini, el madrepórico Góngora, la línea recta que desde Palas Atenea conduce a los grillos de Mallarmé, esa voz sagrada de la tierra ingenua que donó su temblor a la solitaria vibración de los verbos. Todo lo precioso es revolucionario, todo lo revolucionario constituye tras la realidad visible un desciframiento de la inspiración. La poesía es un hecho revolucionario, una voz insumisa, autónoma del enigma resuelto, un interrogante continuo.

Intuyo que entre las movedizas causas que motivan su labor anda también emboscada la causa perdida de la verdad, no su búsqueda filosófica, sino la emancipación de los vínculos que le demandan utilidad; anárquica ante la exigencia teórica de sus variaciones lingüísticas, solo el tema del mundo y el individuo desplaza la substantividad de su incumbencia, la otra lógica inclusiva de las percepciones de la exterioridad y la percepción sin anclajes ni sanciones de valor de su saber no pragmático. De ahí la autonomía del canto, de la oración y del conjuro en la intimidad enigmática, la emotividad del reencuentro con lo humano universal y la empatía con el

sufriente. Creo en esa restitución del sueño pendiente de ser soñado que aporta la poesía al relato humano, en su ingerencia y en su cauterio sobre las zonas violentadas por las inquisiciones del poder político, en su mudanza y bello disturbio allí donde lo previsible ya solo puede conducir a la pasiva y rutinaria contemplación de la catástrofe.

Tanto soñé contigo que pierdes tu realidad, escribió Robert Desnos ante el cuerpo simbólico de lo enigmático y de lo misterioso, y es esa pérdida de realidad la que transformada por el gran sueño del lenguaje humano construye la otra realidad perdida, la ausencia como elemento más real en nuestra conciencia que cualquier otro material del simulacro de lo auténtico. Esa es la densificación de sentido que aporta la poesía al mundo, el desafío de su necesidad en los márgenes de la razón, allí donde la espiritualidad liberadora de la condición humana sigue reclamando un más bello lugar para la cimentación de los imaginarios de la promesa. Es ahí, ante el teatro de la muerte donde *la Santa Información* del consumo impone su relato a la vida donde la materia poética -la oscura pobreza donde sigue meditando Tadeusz Kantor- no debiera representar el papel secundario de un apuntador amnésico, el que sin recordar insinúa el texto fijado al protagonista por las derivas cíclicas de la fatalidad y los accidentes políticos de la tragedia; esa voz susurrada, no tan alta que suplante, ni tan baja como para que no sea percibida por el necesitado durante la representación oral de la vida, de su vida, de cada vida. La poética como el oráculo actualizado de una desconocida transmisión constructora de porvenir, la que abre y clausura en cada época el debate sobre nuestro lugar en la naturaleza del mundo, en el abismo sin fondo del finalismo humano.

Algo definitivamente parece haber muerto bajo los harapos de la vieja retórica y la ingeniería lírica, y entre cuyas cenizas apenas es posible encontrar las huellas por donde el viejo y mezuquino Heidegger creyó haber visto alejarse a los dioses. Es un desplazamiento radical el que se ha de proponer tras los *pasajeros errores* de la perdurable catástrofe de la condición humana y su fuga hacia la autodestrucción. Una voz entre las voces de lo múltiple que recupere la función liberadora del habla para las presencias que emergen, vivas en su ideal del anhelo vinculante de lo remoto y lo nuevo, de la memoria de la historia, la irradiante pervivencia de lo que solo aparentemente invisible es la palabra de lo débil y exánime ante los ominosos actos de fuerza. Es la conciencia en busca de rostro la que se persona en la asamblea de voces, es su cuerpo moral el que ocupa el hueco de las desapariciones, el fracturado silencio que tras las inciertas estrategias del progreso viene a desplazar la futura voz antigua de la utopía humana. También ahí, aleatoria, subjetiva, balbuciente e inconsulta, está su fragmento en la travesía sin viaje de los pobladores del encantamiento, en la equidistancia sin tiempo entre todos los que habitan el imperativo categórico de recordar lo necesario para seguir imaginando la necesidad. Es en la inmensa fosa común de los poemas muertos y la tumba de las grandes palabras, ya sin otro deber que la esperanza, donde

aguarda algún tipo de redención la voz sin boca de la poesía, lo que debiera ser su otra posibilidad de compañía hacia el *áun es posible* de la dignidad humana. Esa pudiera también ser hoy la hipótesis de su disposición intelectual ante la dificultad reveladora y el obstáculo significativo, un prevalecer entre las visiones transformadoras del lenguaje, una atenta vigilia ante la conciencia en peligro, el discernimiento ético que oponga belleza y resista con lo justo las deformaciones ideológicas de la barbarie.

Es desde la vastedad del silencio, el tan viejo olor del silencio del que hablaba Czeslaw Milosz, de donde pueda provenir la profundidad dialéctica que construya la casa futura sobre las ruinas simbólicas del paraíso perdido. El poeta que participa de su antecedente y de la lejanía de su intuitiva creatividad, entendida, en el sentido baudeleriano de la imaginación, como la más científica de las facultades humanas. Una poética capaz de abolir las categorías de la duración sin fin y su perpetuidad en el castigo de lo unívoco, los anclajes en la indiferencia, las servidumbres decorativas de su indolencia ante los episodios de la crueldad: *... como una mano que en el instante de la muerte y del naufragio se levanta al modo de los rayos del sol poniente, como la primera flor del castaño que se eleva como un huevo en la cabeza de los hombres de metal, como todas las acusaciones de los animales maltratados, como un ángel con esqueleto de paloma, como tu primera mentira cuyo indiscreto olor se arrastra por tu memoria...* palabras en la asamblea de voces como un aire ya respirado por otros, una oralidad coral que activa su nostalgia de infinito ante la inmolación de los seres y el colapso de la Tierra. Una poética que se haga cargo de las deudas que solo la ampliación significativa de los horizontes del porvenir podrá consumir la fecundidad del conocimiento y la figuración, la tentativa de nuevos textos de controversia que resurjan bajo la tachadura de las inquisiciones, la melodiosa polifonía de lo humano dinamitando la acentuada sordera del poder, el desacuerdo del sabio y frágil ruiñeñor analfabeto cuyo deseo sigue siendo no morir, los saberes enigmáticos del erizo y las abejas en las invisibles colmenas de Rilke, las recordaciones de la nieve sobre las tumbas sin nombre. El poema cívico, que, sin ejercer ninguna autoridad sobre las demás facultades del ingenio, contribuya desde la transparencia del enigma a dar continuidad a la experiencia imaginaria de la mujer y del hombre, tan en discordia con los roles de lo secular como insubordinados en el instante de su sincrónica extrañeza.

Ese momento ya ha transcurrido, y desde el sótano del inconsciente asciende el hálito del chamán y del mago; la neblina de las ciencias puras de la literatura cubre el dialecto de los desterrados, y los desconocidos hablantes deportados del país lingüístico donde la gramática no tiene conciencia regresan al lugar donde lo decente aún tiene valor. Es la minoría de los que han hecho del habla una competencia sin rivalidad, hablantes en el desacuerdo que cuidan del nombre que todavía desean las cosas ante la violencia paroxística de la publicidad y los impositivos idiolectos de género; es la compensación estética de la memoria como mandato de un proyecto

originario el que asume la poesía como proyecto moral del habla, una memoria, como afirma Baudrillard, nunca abolida por la estructura del tiempo real, y que ancla en la especificidad de su lenguaje lo que de otro modo el tiempo haría indiscernible o inestablemente interpretable.

De ello hablará algún día el poema futuro, del amparo y la defensa que supuso como hecho de cultura la civilización del libro, la necesidad de lo antagónico como registro de lo complementario, de lo que libre en *mi* aspira a ser reflejo de lo libre en lo mismo de un *otro*, lo nunca suficiente del aprendizaje humano en la dinámica de la libertad. Hablo de un proceder sin ejemplaridad, del derecho a una diferencia sin jerarquía, tal vez esté hablando de cuanto negado al poema por la penuria de los significados es ya su única razón superior, la de intensificar el plural e inequívoco sujeto autónomo de cada persona. Lo que seduce es la posibilidad de reabrir lo clausurado, vincular la asimetría de los fragmentos y su problemática utópica, personificar la parábola de las víctimas precipitadas al silencio en un acto de habla, una alta dicción en voz baja, el que dice *ahí dejo estas piedras que no estaban antes en el mundo*, y que, como Jorge Oteiza imaginó, funda un mundo nuevo en cada piedra.

Inequívoco albedrío el del poema que arraiga entre las fisuras verbales de la conciencia, sin módulo ni otra proporción que no sea la posibilidad difícil, la resistencia a ser absorbido por el figurín normativo de lo pronosticable. La poesía como discurso de lo imprevisible articula la sucesión de una interminable desobediencia ante la adaptación hegemónica; siempre inaugural, sorpresiva ante la atrofia y las manías del uso, autónoma y deliberante frente al obstruccionismo caduco de las rutinas rítmicas. Música sí, pero melodía más próxima a la euritmia interiorizada de los secretos mundanos que a las preceptivas gramaticales de la cadencia, palabras en éxodo, huidas del almacenaje morfológico y la crepuscular estatuaria de las formas hechas. En cualquier circunstancia su intruso alfabeto asiste a las designaciones del arúspice condenado a enamorarse de las entrañas del remoto animal que examina. Esa simpatía con lo enigmático de la felicidad, esa codicia sin ganancia de lo aprehendido entre la ideación de lo íntimo y su correspondencia con las neurosis sociológicas de la exterioridad, es cuanto se transforma en voluntariedad de un razonamiento ético, en el ámbito de conducta de su enunciación estética. Es la vida la que contra toda conclusión se prolonga en el poema, la prórroga de lo impronunciable la que posibilita en él la alteridad integradora de los sentidos de lo múltiple. No es el sujeto imaginario del poeta quien se inmola en él, sino lo que en él se absuelve sujeto

del ilusorio error y en su incómoda aparición destruye las cartografías de lo acotado y los relatos circunscritos a la historia. Vida en ausencia del pájaro solitario, errante hacia la orilla invisible, el canto del discernimiento de quien ve en lo oculto y en esa extensión excava. Ahí *el reino de lo terrible*, ahí la reiteración en el aprendizaje de la muerte, la emotividad semiótica de lo caótico y cuanta nostalgia previa a la agonía de lo maravilloso es el lugar transformativo de la

memoria natal, su circunstancia en la ciudadanía del árbol ante el paisaje humano. *Poema en búsqueda* entre los palimpsestos y los documentos de humanidad y de barbarie, los tratados del naturalista, los títulos de legitimación de la brutalidad, los planisferios astronómicos, las erosiones del racionalismo y la jurisprudencia de la vileza sobre el porvenir humano, la dramaturgia de lo maravilloso y el tacto musical del azar sobre la maleza de los mitos, cuanto tras la albañilería de las supersticiones es la incompetencia de lo dogmático para resolver los interrogantes, el poema que restituya, el poema que desafíe la amnesia de lo hurtado al absoluto universal de la condición humana y se incorpore, ante el imperio del abuso, a la estimación por la heredad colectiva del planeta.

No creo posible una poesía sin ideas, razón fundacional de las palabras. Su analogía es la condición humana, su afinidad la naturaleza especular del ser y las representaciones imaginarias con las que el individuo y la identidad colectiva se protegen del sideral vacío, buscan amparo con las invenciones del intelecto ante el concepto de la nada que prefigura la omnisciente melancolía de las civilizaciones. No he sabido contarlos de otro modo, estas huellas han sido recogidas en los orfanatos, entre las ruinas de lo sufriente, entre las astillas del árbol de los antepasados cuya dignidad ya solo silba desde el cielo, entre los fragmentos de cuanto fue algún día el juramento de igualdad y la empatía con el solitario y la multitud humana, allí donde *si cierro lo ojos oigo al lejano gallo del carpintero y al abrirlos a un perro que se sacude la harina*.

Creo en la contingencia libertadora de la poesía, en su capacidad transformativa de la conciencia de las sociedades, en ese algo que su indeterminado benéfico implica al hablante en el proyecto sin propósito de la repoblación espiritual del mundo. Creo en esa socialización de la felicidad, en la verdad giratoria de cuanto hay de amor bajo los párpados vivientes de San Juan de la Cruz y en la anciana desnudez de Whitman, creo en su argumentación abstracta y en el ininteligible recado de las fugaces sobre la noche terrena. Pienso en la catarsis consoladora de cuanto significa la interpretación de un sueño y en la aldea moral de los que ya solo viven en el aire, pienso en la vergüenza histórica de los crímenes civiles, en la repugnante abyección de los totalitarismos, y pienso también en la criminalidad económica, pienso en los que están solos y en los que a pesar de débiles aún sostienen con fuerza la idea, hecha con palabras, de que algún día las estrellas serán para quien las trabaja.

Un cálido agradecimiento a Juan Carlos Mestre por su participación en este volumen.

(Las editoras)